

REPERTORIO AMERICANO



San José, Costa Rica

1927

Sábado 2 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

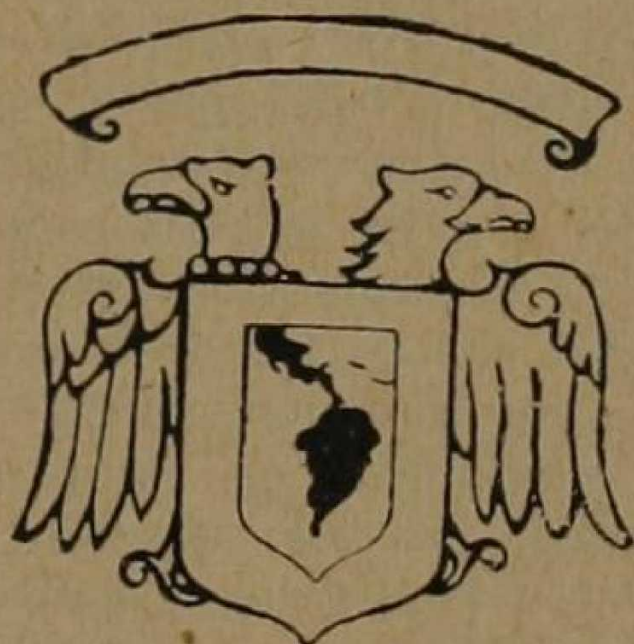
SUMARIO: *Un grande equívoco internacional*, por B. Sanín Cano.—*Página lírica* de Arturo Capdevila.—*Tablero*.—*Boda en el campo*, por Max Jiménez.—*El poeta y su poesía*, por Leopoldo Lugones.—*Hispano-americanos en París*: Francisco García Calderón, por Gabriela Mistral.—*Leyendo a Joaquín Edwards*, por Leonardo Pena.—*Mi Mensaje a la juventud (a)*.—*LA EDAD DE ORO*: «El Dominio del Canadá», por Amado Nervo.

YA que Colombia ha entrado con un representante suyo a formar parte del Consejo de la Sociedad de las Naciones, importa que se discuta un equívoco de cuya interpretación depende en gran parte la situación diplomática en que hayan de quedar las naciones americanas firmantes del pacto de Versalles o las ingresadas a la Sociedad en época posterior. Nuestro representante en el Consejo no es hombre que se deje atemorizar por el endriago de los grandes poderes, y más de una vez les ha dicho su sentir a los cinco o a algunos de ellos separadamente.

Tres artículos del pacto regulador de las funciones asignadas al Consejo y a los países que hacen parte de la Sociedad ponen a los países americanos en una precaria condición para el caso de guerra. Voy a citar textualmente esas contradictorias e inconsultas cláusulas, para que se comprenda mejor su alcance o su falta de alcance, lo cual en papeles diplomáticos es tal vez lo peor. Esas disposiciones ineptas en un tratado público han servido con frecuencia para que las partes más fuertes, más agresivas o más arbitrarias se aprovechen de la inanidad de su contenido, interpretándolas en su provecho.

Antes de citar esos artículos conviene recordar que el presidente Wilson, corazón y cerebro del pacto, insistió, a pesar de sus flaquezas en otras situaciones creadas por la discusión del tratado de paz, en que el pacto de la Sociedad formase parte de aquél y le precediera. Clemenceau se oponía vivamente a esa involucración y precedencia, sin duda porque veía en eso un obstáculo para sacrificar a los vencidos, de acuerdo con los tenaces deseos del entonces presidente de Francia y de los intereses extrínsecos por él representados. Hubo un día, según confesión de testigos presenciales, en que sonaron pa-

Un grande equívoco internacional



Por
B. Sanín Cano

palabras desapacibles al fin de una sesión entre el presidente de los Estados Unidos y el del consejo de ministros francés. Clemenceau durmió poco y mal esa noche, imaginando que Wilson abandonaría el congreso de la paz, no sin echar sobre los aliados la inmensa responsabilidad de la ruptura. Wilson representaba en ese momento feliz en Europa un gran poder espiritual, movilizable a su talante para cambiar la faz del mundo. Si se retira entonces y apela a la conciencia universal, habría dominado no sólo a Europa sino también, y con beneplácito de la sensatez y del honor de la raza humana, a los magnates que en Washington lababan y tenía ya muy adelantada su pérdida. Resultó inferior a su magno y providencial destino. No se dio cuenta, como se la dieron los observadores políticos de París en esos momentos, de la enorme, de la irresistible fuerza directiva que los acontecimientos y algunas palabras suyas habían puesto en su mente. Su debilidad fué tanto más sensible y digna de vituperio cuanto para obtener que el pacto de la liga for-

mase parte del tratado general consintió, en contra de sus promesas, en que los casos de invalidación por causa de guerra se computasen en las reparaciones exigibles por Francia.

Se ha hecho esta breve memoria para que conste, sin lugar a duda, cómo el presidente de los Estados Unidos saxoamericanos, en representación de su país, le dió la mayor solemnidad a la firma de ese pacto.

Veamos ahora los artículos de donde nace el inquietante equívoco y hacen falsa y casi ridícula la posición de las naciones americanas ante los demás pueblos del mundo.

«Artículo 10.—Los miembros de la Liga se comprometen a respetar y a mantener contra toda agresión exterior la integridad territorial y la independencia política presente de todos los miembros de la Liga. En caso de agresión, de amenaza o de peligro de agresión, el consejo adoptará las medidas de seguridad necesarias para la ejecución de esta obligación.

Artículo 16.—En este caso (el de agresión) el consejo tiene el deber de indicar a los distintos gobiernos interesados los contingentes militares, navales o aéreos con que cada uno de los miembros de la Liga podrá contribuir a las fuerzas armadas respectivamente, destinadas a salvaguardar las obligaciones de la Liga.

Artículo 21.—Los compromisos internacionales, tales como los tratados de arbitraje y los acuerdos regionales, como la doctrina Monroe, que aseguran el mantenimiento de la paz, no son considerados como incompatibles con ninguna disposición del presente pacto».

Lo anterior procede de la traducción hecha por el gobierno del Uruguay, uno de los firmantes del pacto. Es de advertir, sin embargo, que en el original francés se usa de la

palabra *Société des Nations*, porque a la palabra *League* o Liga, que usaron los británicos, se le suponía un sentido lateral de agresión.

Sabemos bien hoy que los Estados Unidos, mencionados antes, se han retirado del pacto, y no sabemos igualmente bien, pero sospechamos que la razón principal a que se debió su retiro son las pretensiones de la Doctrina Monroe, pretenciosamente denominada *acuerdo* en aquel ilustre documento. Para que haya acuerdo se necesita la concurrencia de dos o más voluntades, y en el caso a que nos referimos no hay más voluntad que la de Washington. En el año de 1919 publicaba la *North American Review*, correspondiente al mes de marzo, una crítica a las cláusulas del pacto, en la cual se leen estas francas interrogaciones: «Como socios de una liga internacional, ¿podríamos hacer nosotros cosa alguna para proteger las vidas de los americanos, para asegurar la propiedad americana y los derechos americanos en México sin el consentimiento de los otros socios de la Liga? Si fuese necesario para nosotros imponerle a México las mismas relaciones que tenemos con Cuba, ¿podría esto hacerse sin la sanción del superestado internacional?»

No se necesita gran suspicacia para imaginar que el artículo 21 del pacto fue escrito o renovado después de que los «cinco grandes» se hubieron enterado del artículo en referencia. Pero aun con ese artículo el pacto era contrario a las tendencias expansionistas y dominadoras del estadista yankee. Por las razones de la *North American Review* y por otras de menos importancia internacional, el pacto fue repudiado por los senadores de Washington, después de haber sido firmado por el presidente de esa República en las condiciones solemnes de que hemos dado cuen-

ta. Roosevelt justificó neciamente su atentado del 3 de noviembre haciéndonos el cargo de poca seriedad porque el Senado colombiano *retardaba* la aprobación al tratado Herrán-Hay. Como seriedad, el Senado de Washington, repudiando la firma y la obra de Wilson, dió un ejemplo de los que escapan a la ironía más corrosiva.

Pero, en suma, aquellos Estados Unidos le negaron su aprobación al pacto y al tratado de paz, e hicieron con Alemania una paz de su conveniencia. Al retirarse del pacto aquellos Estados Unidos, las otras repúblicas americanas signatarias del célebre documento han quedado en esta dura, lamentable y, para las gentes ligeras, ridícula situación. Han aceptado virtualmente la elástica y no menos capciosa Doctrina de Monroe. Si, lo que no quieran los hados, una potencia europea le declarase la guerra digamos a Polonia, y el consejo de la Sociedad le pidiese a Colombia dinero, armas y hombres, Colombia, según los términos de los artículos 10 y 16 del pacto, se vería obligada a hacer los sacrificios de ese género que se le exigiesen. Pero si aquellos Estados Unidos atacasen a Colombia con o sin declaración de guerra (como suelen hacerlo) y Colombia demandase el cumplimiento en su favor de los artículos 10 y 16 del pacto, los tales Estados Unidos, refiriéndose al artículo 21, les dirían a las naciones signatarias que la Doctrina Monroe estaba reconocida por ellos, y que según los términos de ese *acuerdo* las naciones europeas deben abstenerse de ejercer acciones de dominio en este Continente, fuera de las colonias poseídas por ellas en 1823.

Si la introducción del artículo 21 del pacto se hubiera hecho con la premeditada intención de repudiarlo después, los diplomáticos de Was-

hington serían dignos de aplauso por su *habilidad*. Pero la situación creada no se debe a la sutileza de su inteligencia sino a la incapacidad de los representantes de las demás naciones, en aquella triste feria de incompetencias, de preponderancias irritantes y de voracidades propias de los habitantes del piélago. Desde que se hizo notar en la prensa española la ambigüedad un tanto irrisoria de aquellas cláusulas, han salido España y el Brasil de la flamante Sociedad. México ya no dice que piense solicitar acceso. La Argentina, con gesto de hidalgo, paga las cuotas y se queda en la puerta, porque la opinión en aquella república se desinteresa cada día más de las actividades de ese cuerpo. Otras naciones americanas continúan creyendo que no les conviene entrar a la Sociedad. ¿Esperan acaso que se aclare este singular equívoco?

(El Tiempo. Bogotá).

LA COLOMBIANA

SASTRERIA

Francisco A. Gómez Z.

TELÉFONO 1283

Frente al Pasaje Jiménez. Al lado de la Botica Oriental

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires Club en series a ₡ 3.50 semanales. Haga una visita y se le darán detalles.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Informaciones Sociales

Organo en español de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra

Artículos de los escritores más eminentes. Noticias sobre el movimiento social en el mundo entero. Estadísticas comparativas respecto al precio de la vida y al tipo de los salarios en las principales capitales de Europa y América,

Se publica mensualmente

Precio de suscripción: 20 pesetas anuales

Número suelto: 2 pesetas.

Diríjase la correspondencia de redacción y administración a:

A. FABRA RIBAS, Apartado 3032, Madrid.

Dirección telegráfica: INTERLAB, Madrid.

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

Cervecería TRAUBE

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA

ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

SAN JOSE — COSTA RICA

Página lírica

de Arturo Capdevila

=Del tomo *El Tiempo que se fué*. Versos.
M. Gleizer, Editor. Buenos Aires. 1926.=

Romance de las tres niñas de Córdoba

(A MANUELA, a CAROLINA, a PEPITA)

I

Carnaval de Córdoba.
Chillido de máscaras

Por saber quién fuera,
las tres se asomaban,
las tres vaporosas
en las blusas largas.
Floreció tres lirios,
decid, la ventana.
Por saber quién fuera,
las tres se asomaban.
Pasaron chillando
las máscaras.

La calle en la siesta
se tiende violácea.
Y en la lejanía,
de luz calcinadas,
las sierras azules
blanquean calcáreas.
Todo esto en la muerta
quietud provinciana.
Todo esto en un aire
de llamas.

Pero al fin disloca
la tediosa calma
rodar de carruaje
quebrando las cuerdas.
Las casas se mueven
como de barajas...
Las niñas que oyeron,
las tres se asomaban.
Tres baldes traían
con cien globos de agua;
de todos colores
la frágil metralla.

Paróse el carruaje;
se abrió la ventana.
En el coche vienen
—la capota baja
y tres baldes llenos
de aquellas granadas,—
tres mozos garridos,
de mucha elegancia,
doctores de Trejo,
de Trejo y Sanabria.
Dan las buenas tardes
y el combate traban.
Sonriendo se aprestan
las Gracias.

Sonriendo se aprestan
las lindas muchachas.
Toalla a la cabeza
que el sol les tapara,
y al aire los brazos
en las mangas claras.
No sé qué de monjas...
No sé qué de hadas...

Con las buenas tardes
el combate traban.
¡Carnaval, ahora

que una nube cándida
dulcifica el cielo
de la siesta en llamas!

Certeros los globos
aciertan y estallan.
Los cuellos, los brazos,
las suaves espaldas
de un agua se mojan
que besa y que canta.

La tarde se nubla
de nube tan blanca
que el sol en su espuma
se lava.
Y un niño contempla
—como yo se llama—
la lluvia de globos,
la fresca batalla,
los ágiles novios,—
la casa cercada...
¡Pupilas no había
tan embelesadas!

Pero ya los pomos
de ardiente fragancia,
a chorros provocan,
a chorros desmayan.
Vencidas las niñas
las puertas cerraban.

Se aleja el carruaje;
ya cruje la calma;
la calma de Córdoba
que se resquebraja.

II

Con el sol poniente
que se enmascaraba
de Momo del cielo,
de Momo escarlata,
retornó el carruaje,
se abrió la ventana;
con el sol poniente
que se enmascaraba
y entre nubes locas
vestidas de gasa,
se daba su fiesta
de máscaras.

Retornó el carruaje,
se abrió la ventana.
Las tres se ataviaron
con todas sus galas,
y ellos, bien que lucen
su pulsera elegancia.
Ahora ni pomos
ni globos portaban.
Serpentinas traen
de ilusión pintadas...

Y mientras la tarde
se rompe y se aja
—barrilete al viento
de las lontapanzas—
serpentinan suben,
serpentinan bajan
de la casa al coche,
del coche a la casa.
Techo, los alambres
de la luz urbana.

Serpentinas suben,
serpentinan bajan.
¡Red de serpentinas
del coche a la casa!
¡Manto de colores
para la ventana!
Serpentinas suben
serpentinan bajan.
Red de serpentinas
los sueños ataban.

Y arco fué tejido
de carnavalada,
como arco de triunfo,
como arco del alma.
¡Arco de papeles
del amor que pasa!

III

Al balcón de noche
las tres acodadas,
las tres en silencio
soñaban.

Colla que pasaba,
cobrizo el color,
hierbas les ofrece
para mal de amor.

Romance de los duendecillos

Duendecillos de la noche,
hijos de una arcaica edad,
vinisteis a mi conjuro
y os lo tengo de pagar.

Sé el poder de vuestras artes
y no he de pedirlos más,
duendecillos de la noche,
que aquello que bien podáis.

Salir con vosotros quiero
de ronda por la ciudad;
ser duende, jefe de duendes,
una noche y nada más.

Séremos ruido en los techos
y miedo en la obscuridad,
y endiablaremos el aire
desde el centro al arrabal.

Paseo de Sobremonte
o Palacio Episcopal,
ni lo que son han de ser,
ni han de estarse adonde están.

Y en la casa del Virrey
una fiesta se ha de dar;
toda de resucitados
de una noche colonial.

Mas en el portal que diga
luego todos penetrad,
duendecillos tan sutiles,
y junto al patio esperad.

Es la casa de esa amada
que en vano debo yo amar.
Le encantaremos los sueños
y mañana me amará.

Una música muy fina
entre todos acordad;
por su patio dulcemente
dando música pasad.

Que ella un punto se despierte,
preguntando: ¿Qué será?
Y al patio con luna salga
de puntillas a mirar.

Y en viendo músicos duendes
diga que soñando está;
duendes verdes, duendes rojos,
de capucha y de antifaz.

Duendes negros, duendes blancos,
pasando muy a compás...
Que como en sueños los mire
y que se vuelva a acostar.

Después dejadle en el lecho
diez sortijas y un collar.
Dormidita... dormidita...
No la queráis despertar.

Y en billete bien doblado
sobre el pecho encontrará,
verso mío que le ofrende
las sortijas y el collar.

Seremos fiesta en el aire,
alborozo en la ciudad;
las campanas a deshora
gozosas resonarán.

Por la gracia de esta dicha,
por esta rara piedad,
para siempre será de oro
¡para siempre la ciudad!

Pero mejor que no lo haga.
Mejor que espere mi afán.
Si duendes me dan amores,
duendes me los quitarán.

La nube

Niño ¿te acuerdas? Tú mirabas
con ojos adormidos,
en el suelo la sombra,
la inmóvil sombra de los edificios:
el campanario, el árbol y la casa
en el suelo tendidos...

También las sombras de los hombres
y de los carros y las yuntas fuertes;
y las veías dilatarse
y contraerse,
y pasar los pantanos
dulcemente,
o enderezándose de pronto
enderezarse sobre las paredes.

Y era tu vida entre las sombras,
leve, leve.
Y te quedabas, cierto, taciturno,
en los atardeceres
como en el linde mismo de un jardín
de violetas y mirtos trascendentes.

Y entre este sueño de las cosas,
entre las sombras frías,
tú corías, bailabas y volabas...
Y era tu sombra movediza
la única fiesta de las sombras
inmóviles y rígidas:
de aquellas de tu casa y de las torres
de Córdoba... ¡tu sombra movediza!

Y una tarde—recuerdo—en que se estaba
por acabar la infancia mía,
una nube del cielo echó su sombra
sobre mi sombra alegre y tornadiza;
le echó su manto, la arrastró en su seno,
bajo su manto lila...

¡Se la llevó consigo
para todos los días!

Y no se vió ya nunca en calle o plaza
esa primera sombra mía.
La casa, el árbol y las torres vieron
solamente una sombra pensativa.
La alegre, la dichosa,
la angélica, era ida.
¡Se la llevó una nube
para todos los días!

Serranilla

Había en las sierras
un eco sagrado.
Brillaba el lucero
del agua del alba mojado.

Se pintó una línea
en el horizonte.
Andaban ovejas y cabras
camino del monte.

En el cielo de oro
se teñía un lampo.
Llenaba los aires
frescura de hierbas del campo.

Borrosa en el alba
la húmeda senda subía.
Por sierras de Córdoba,
mañana de gloria se abría.

Baño serrano

Cuando se pone el sol, bajo el arroyo
y al agua, nadador, feliz me entrego.
¿Me visteis zambullir? ¡Ah, qué delicia
en el rostro mojado el aire fresco!

¡Qué alegría en la tarde calurosa
la frescura del agua y el sosiego
de los divinos montes solitarios,
mientras se queman de arrebol los cielos!
¡Qué alegría y qué fiesta en el crepúsculo,
sacudir empapados los cabellos
y quedarse tendido en la corriente,
oliendo arroyo y escuchando viento!

Luego el campo se llena de susurros
y se diría que no pasa el tiempo.
En la paz de la tarde, toda el alma:
En la dicha del agua, todo el cuerpo.

Mas ya se apaga el arrebol lejano
y se oscurecen los pesados cerros.
La tarde se corona de violetas
y echa en el agua pensamientos negros.

Entonces, a puñados generosos,
agua levanto y la salpico lejos.
Quiero esparcir su claridad postrera
entre las sombras del paisaje inmenso.

Entretanto se eleva en el ribazo
la música del grillo. Y floreciendo
desde la eternidad sobre este mundo,
azucena de Dios, brilla el lucero.

Y murmura el arroyo entre las piedras...
Y un murmullo sin fin colma el silencio...
He salido del baño, me he vestido.
Monto a caballo y a las casas vuelvo.

¡Cómo está de luciérnagas la noche!
Vívidas bullen por los campos negros,
y el tucú enciende su esmeralda errante
allá por lo fantástico del cielo...

Sierra triste

Triste el susurro que hacen
las altas ramas del nogal anciano.
Triste rumor el tuyo entre las piedras,
raudal serrano.

Triste la voz del ave, y solitaria
tu flor, manzano.
Triste de ver la enferma entre las flores...
Marfil su mano.

Triste su acento que se va del mundo.
Sólo sabe decir: Todo fué en vano...
Triste el atardecer, y misterioso...
Y todo cerca... Pero muy lejano.

Un manso, un claro ruido...

Y de pronto en la larga carretera
del campo anochecido,
un aire olor a rosas,
un manso, un claro ruido
de sauces, un lamento
de pájaro escondido.

La dicha revelada...
todo el amor sabido...
entre un olor a rosas,
al manso, al claro ruido
de los dormidos sauces, al lamento
del pájaro escondido.

Y el suspiro del pecho adolescente.
Adolescencia: amor que no ha venido.

La cita mentida

¡Cómo tarda el amor! En su retardo,
se ahonda en el crepúsculo el jardín,
y en la sombra se alargan los follajes...
¡Tádate, amiga, pero llega al fin!

En la sombra se alargan los follajes...
Y arriba y más allá
pasan las nubes con sus cargas de oro
al viento de la tarde que se va.

—¡Nunca llega el amor!

—¿Pero ese ruido?

—Agua no más.

—¿Y aquel rumor, quizás?

—Aire no más.

—¿Y allá junto a las rosas?

—¡Rosas, no más!

La invitación al destino

—¡Dadme la dicha de encontrarla!

En el crepúsculo de fuego,
la tarde ampara los amores...
¡La tarde ampara!

—No, no es tiempo.

—La llevaré diciendo amores
por esa calle de los ceibos,
hacia el lucero de la tarde...
¡hacia el lucero!

—No, no es tiempo.

—O dadme el valle de la noche...
Un angel ya rompió el espejo
y los cristales de la tarde...
¡Mirad la sombra!...

—No, no es tiempo.

—¿Entonces cuándo? ¿Entonces cómo?
—¿Entonces qué?... Las horas pierdo.
Toda la vida ¿para cuándo?

Dijo el destino:

—No, no es tiempo.

Un estante de libros escogidos

En la Administración del REPERTORIO AMERICANO se venden los siguientes:

Arturo Capdevila: <i>América</i>	4.00
José Carlos Mariátegui: <i>La escena contemporánea</i>	3.00
Medardo Angel Silva: <i>Poesías escogidas</i>	2.00
José Vasconcelos: <i>Indología</i>	5.00
R. A. Arrieta: <i>Ariel corpóreo</i>	4.00
Vasconcelos, Unamuno, etc.: <i>París-América</i> , N.º 1	3.00
A. Messer: <i>De Kant a Heggel</i>	4.50
Varios: <i>La Escuela de «Las Rocas»</i> . Cuadernos Literarios. Ediciones de Díez Canedo. Los 16 tomitos publicados	2.25 16.25
Cuadernos de Ciencia y de Cultura. Ediciones de Eugenio d'Ors. Los 4 tomitos publicados.	6.00
Darwin: <i>El origen de las especies</i> , 3 vols.	5.00
E. M. Torner: <i>Cuarenta canciones españolas</i> , 1 vol. pasta.	5.50
Perrault: <i>Cuentos</i> , 1 vol. pasta	2.50
M. Fernández de Soto: <i>Ideología política</i>	2.25
Pedro Calamandrei: <i>Demasiados abogados</i>	4.75
R. Saleilles: <i>La posesión de bienes muebles</i>	10.00
J. Stuart Mill: <i>Autografía</i>	1.50
R. Fernández de Velasco: <i>Los contratos administrativos</i>	13.50
José Vasconcelos: <i>Ideario de acción</i> . Enrique Gay-Calbó: <i>La América indefensa</i>	1.50 2.50
R. Turró: <i>La base trófica de la inteligencia</i>	2.25
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> . (Novelas)	3.00
Santiago Argüello: <i>El alma dolorida de la Patria</i>	3.00
Adolfo Posada: <i>El régimen municipal de la ciudad moderna</i>	8.50
Adolfo Posada: <i>El mismo libro en pasta española</i>	11.00
Narraciones de Venezuela: <i>Las Sabanas de Barinas</i>	4.00
Daniel Mendoza: <i>El Llanero</i> . (Estudio de sociología venezolana)	3.00
Jorge Mañach: <i>Estampas de San Cristóbal</i>	4.00
Manuel Sanguily: <i>Obras</i> . Tomos I, II y III	21.00
Luis Enrique Osorio: <i>El teatro francés contemporáneo</i>	4.25
Rosa Senat: <i>Cómo se enseña la Economía Doméstica</i>	0.75
Rafael Benedito: <i>Cómo se enseña el canto y la música</i>	0.75
Mateo Abril: <i>Mirando vivir</i>	2.80
Alfonso Reyes: <i>Cartones de Madrid</i> . Rafael Heliodoro Valle: <i>Anfora Sedienta</i>	1.00 3.00
Eugenio Cuello Calón: <i>Derecho Penal</i> (Parte general)	18.00

Sugestión:

Un amigo que nos quiere bien, nos ha pedido que propongamos lo siguiente:

Los editores y escritores hispano-americanos y españoles que reciben el *Repertorio* con frecuencia, podrían ayudar muy eficazmente al sostenimiento de esta empresa si nos remitieran en obsequio, y para la venta, dos ejemplares de las obras que publiquen. Como de costumbre, las anunciaríamos con mucho gusto en la *Bibliografía titular* que a menudo saca el semanario, o en este *Tablero*.

Está por demás decirles a nuestros amigos, los escritores de España y América, que el *Repertorio* sí necesita del apoyo que por este medio les pide.

Señalamos:

Los amigos dilectos, por Ricardo Sáenz Hayes, M. Gleizer, Editor. Buenos Aires, 1927.

Índice: Lysias o La Amistad. Tácito y Plinio el Joven. Montaigne y La Boetie. Goethe y Schiller. Carlyle y Emerson. Flaubert, Luis Boulhet y Alfredo Lepoittevin. Renán y Berthelot.

De Suecia:

«La tierra de los mil lagos», que dijo Runeberg, la histórica nacionalidad que, según el mismo poeta, era y debía ser pobre, pero está enriqueciéndose merced a la incontrastable diligencia de sus hijos y a la pericia y honradez de sus gobernantes.

B. SANÍN CAÑO

Repito mi vieja tesis: el hombre honrado es honrado en todas partes. Pero en abstracto, y pensando sobre todo en mil periódicos de fuera, de los Estados Unidos principalmente, les diré que nada hay más peligroso. Lo de vender camiones o autobuses y defender el negocio en el periódico puede ser, como dicen los jesuitas, ligero pecadillo. Pero nada hay más escandaloso que la vinculación de los periódicos con las grandes corporaciones absorbentes, tipo Standard Oil, *trust* del acero, United Fruit, empresas ferrocarrileras, etc. Ese mal enorme no ha llegado todavía a la antiplanicie, pero cualquier día puede venir.

LUIS E. NIETO CABALLERO

Título: 1627-1927. I. *Soledades de Góngora*. Editadas por Damaso Alonso. «Revista de Occidente». Madrid.

Índice: Nota. Claridad y belleza de las *Soledades*. Nota (al texto). *Soledades* de Góngora. Nota (a la versión en prosa).—Versión en prosa.—Notas (finales, al texto y a la versión). Precio: 5 pesetas.

La Internacional de Trabajadores de la Enseñanza, con asiento en París (33, Rue

Tablero

=1927=

de la Grange-aux-Belles) ha editado *Les Problèmes fondamentaux de l'Ecole du Travail* de Cde Pistrak, uno de los insignes pedagogos del Soviet.—Se trata de un libro muy interesante.—Precio: 5 francos.

En las Ediciones Colombia, de Bogotá, han salido las *Memorias de un Venezolano de la decadencia*, libro admirable de José Rafael Pocaterra.—2 volúmenes.—Prólogo de Eduardo Santos.—Precio del ejemplar: \$ 2.00, oro.

La «Revista de Occidente» (Madrid), en la serie MUSAS LEJANAS (Mitos, Cantos, Leyendas), ha publicado el tomo XI, y corresponde a *Trece fabliaux franceses*. Precio: 4 pesetas.

Boda en el campo

Razonaba con los chillidos de la guitarra y un violín: entre estas pobres gentes el matrimonio no es motivo de exhibición: aportan partes iguales, se casan libres de intereses, fríamente. No se ostentan objetos de plata, no pedrería, menos aun cheques.

Cuatro músicos en una casa que sólo tiene un cuarto y dos apéndices, rascan cuerdas a más no poder, acentuando su fuerza sobre las que prestan mayor comodidad.

Al monótono compás, las parejas parecen llegar al fin de una faena cotidiana.

A veces la música se queja.

Hay hojas de palma en cruz de ornamento.

Los invitados empiezan a subir el espíritu con espíritus desde temprano, porque es sobrado motivo el de la boda.

Se respira aire denso, y las lamparillas niegan su luz.

El novio y la novia se muestran hasta el fin de la fiesta, y si alguna madrina presentable existe, les hace por todo el rato compañía.

En el rostro congestionado de los cónyuges se adivina gran perturbación, tanta cosa gira al rededor de ellos!

Será que han perdido la voluntad, o han llegado a un enredo del cual no pueden salir; el caso es que hay que darles un empuje para que tomen la ruta que da principio a la vida marital.

Ni lágrimas paternas, ni besos rojos de amigas; sólo el violín y la guitarra a veces chillan menos, y hacen música llorona; las luces de cera se mueren en pálido azul. Fuera, las estrellas de pupila empañada, dejan caer ligera llovizna...

MAX JIMÉNEZ

San José, C. R. Junio de 1927.

ARTURO Capdevila revelóse poeta original en su tercer libro: *El Poema de Nenúfar*, posterior a dos ensayos líricos de valía, por cierto, pero que, a mi entender, sólo eran promesas. Así pretendí anunciarlo bajo el título concluyente de *Un poeta*, en estas mismas columnas donde aquella vez, y otras, satisface de tal modo un primordial deber de conciencia: el de alabar en público la obra pública lograda, mediante su apreciación cualitativa que, tratándose de un escritor, obliga doblemente al colega; pues considero que callar el aplauso merecido es una forma de hurto, mientras el elogio honrado constituye, a su vez, la nobleza de la crítica. No soy crítico de índole ni profesión, con lo que sólo me ocupo de aquello que me parece requerir advertencia extraordinaria, como la obra inicial de un buen artista o el hallazgo de un mérito singular; y los excesos de premura que al respecto haya podido cometer, provienen de la antedicha negación. Mi gozo de admirar, que es, propiamente, mi móvil, asume la forma de un amable fatalismo, consistente en celebrar la rosa encontrada sin preocuparme por el destino del rosal. Mejor si éste continúa floreciendo; pero el oficio de profeta, además de vano, induce con más frecuencia a presagiar la hojarasca y las espinas. Fuera, pues, soberanamente injusto echarme la culpa del rosal que abortó, sólo porque lo celebré florido cuando lo estaba. Es un verdadero dolor que esto ocurra con demasiada frecuencia. No se deberá, ciertamente, a la palabra de estímulo, siquiera la animase una precipitada simpatía, ni han de acobardarme en la empresa los cisnes que se aplebeyaron con la gansada o los rencorosos palmípedos que se apresuraron a mostrarse gansos en cuanto no los llamé cisnes...

Como son muchos, con lo cual forman democracia, es interesante considerar el caso de nobleza que ofrece este verdadero escritor al presentarnos en su vigésimo libro, *El tiempo que se fué*, la mejor de sus obras. He ahí uno—y bastaría aún cuando fuese él solo, que por fortuna no lo es—en quien no se ha desmentido la calidad ni ha fallado la constancia. Es, más que nunca, aquel poeta, y en la plenitud del arte dominado que ahora no más diré en qué consiste.

Sucede que mientras la gansada de la referencia buscaba fórmulas, él se buscaba: que el dominio del arte consiste en saber el artista hallarse a sí mismo. Pues si se trata de un artista verdadero, toda la belleza llevábala en él desde que nació. El trabajo y la disciplina le aseguran la posesión del don nativo que, sin ellos, puede, quizá, malograrse; así como la gimnasia desarrolla

El poeta y su poesía

=De La Nación. Buenos Aires=



Arturo Capdevila

la fuerza, pero no la da. Y esto es todo. De tal suerte, cada poeta es autor de su poesía, que así resulta personal por excelencia: vale decir, cosa esencialmente humana; y, por esta razón, de interés humano. He aquí, a su vez, el motivo de que las fórmulas sean estériles. La emoción es perfume de flor, no esencia de frasco; y substancialmente hablando, toda la poesía. La forma, indispensable también, como el cáliz y la corola a la flor del símil, constituye, junto con el aroma, el ser completo que el poeta engendra en sí y echa de sí a su manera y no a ninguna otra: con lo cual nuestro criterio de apreciación ante una poesía consiste en la intensidad de la emoción que provoca. En esto y nada más. Y así como el perfume natural de la flor atrae a las abejas y el artificialmente imitado, por fino que sea, las irrita contra el portador, la verdadera poesía conmueve con ingenuidad a las almas sensibles, que no son, por cierto, las noveleras y vanidosas. Porque de no serlo, precisamente, les viene a éstas la pedantería que padecen, y que con esterilidad correspondiente a la del falso poeta de su admiración, defínese en incapacidad de amar.

La verdadera poesía es, pues, casuística; o como dicen los retóricos de «la nueva sensibilidad», anecdótica. Por otra parte, la anécdota o caso humano, es lo único que

en materia de emoción interesa al hombre y se la despierta. La emoción impersonales inconcebible. Por esto el «yo», odioso en prosa, como se ha dicho muy bien, resulta indispensable en poesía. Los sendos objetos de ambas, o sean la noción y la emoción, explican una y otra cosa. Por lo demás, la misma emoción en la prosa, es novela o drama: composiciones anecdóticas, si las hay. Lo que hace el artista es manifestar su emoción de tal modo, que despierta en nosotros el prototipo correspondiente. Expresa por nosotros y se expresa en nosotros, sin que ello corresponda muchas veces a su situación personal; pues el don de la belleza hace de él un intérprete del alma humana. Su órgano comunicativo por excelencia es, precisamente, la ficción o fantasía, cuya eficacia está en razón directa de su mayor correspondencia con las emociones que a todos nos son comunes. Beethoven fué personalmente desdichado y su arte consistió en la creación de la dicha. Toda obra de arte es ficción, por lo demás: crea con lo existente lo que no existe. Porque el objeto del arte es la realización de la quimera. Y de ahí su eterna aspiración al infinito, que próxima un instante en el único dominio posible, o sea el de la fantasía, le asegura la inmortalidad. La vida del artista es, por lo común, trivial y mediocre. Conforme al profundo concepto de Oscar Wilde que lo define con lapidaria exactitud, «los grandes poetas hacen la poesía que no han vivido». Esto explica, a su vez, el dejo de melancolía que hay en toda belleza lograda y que puede o no coincidir con el estado de ánimo del artista. Aspirando al infinito, como intérprete del alma humana, el artista, cuanto más cercano a la perfección, se queda triste de la belleza que no puede darnos. Esta impotencia proviene de la caída en la materia que comporta toda realización de belleza. Realidad es, en efecto, limitación, y con ello fracaso de la aspiración al infinito. De eso quedáronse para siempre tristes en su perfección los colosos de Miguel Ángel. Pero también de eso dimana la simpatía que nos inspira el creador. Por esto, la melancolía es la suprema delicadeza del arte. Nada hay tan nuestro, tan humano en efecto, como el dolor de ese encadenamiento a la materia. Somos ángeles caídos; y en el más poderoso vuelo del espíritu superior, tiembla la angustia del ala rota.

Eso le infunde al artista el ansia de perfección con que aspira a superarse, y la utilización corporal de los elementos en que encarna la emoción de belleza. La prescripción que nunca me cansaré de renovar: mucho espíritu en poca materia, tien-

(Pasa a la página 10).

Un reparo injusto. — He oído algunas veces a amigos comunes el reproche de que este pensador se «malgaste» en el periodismo. El reproche envuelve bastante desdén hacia el periodismo, género para primarios y hecho por primarios, según dicen muchos, en el cual no se pide nada sino un poco de clownismo, y otro de agradable mediocridad. Pero el periodismo debería ser el género literario más cuidado, *más vigilado*, digamos mejor, por una democracia, porque es el único que verdaderamente hace atmósfera moral permeadora sobre un pueblo. Se olvida el periodismo educador de Sarmiento, de Rodó y de Martí, que fueron cátedras de un dinamismo salvador, donde se aconsejaron y se decidieron muchas veces cosas esenciales.

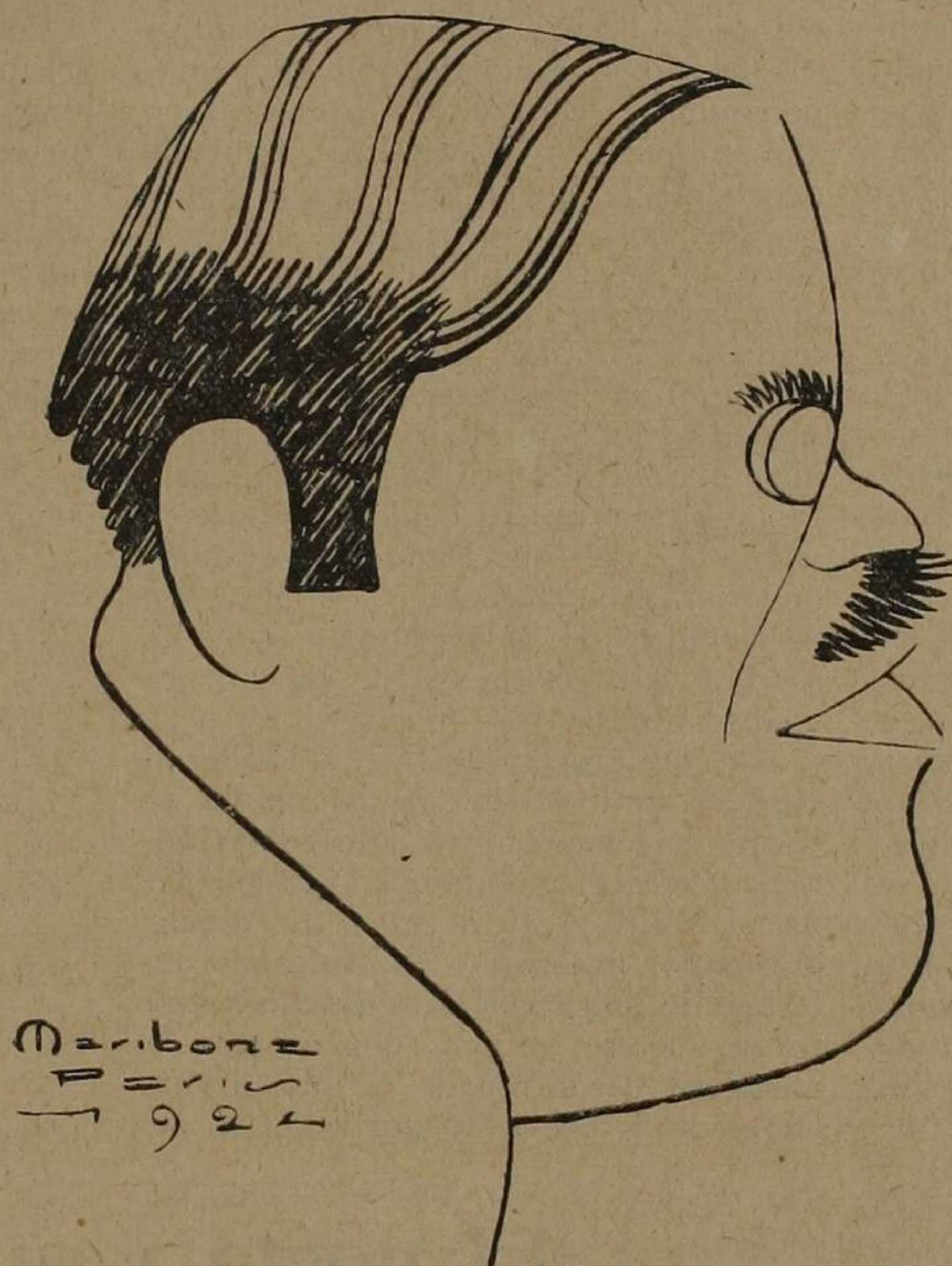
Lo sensible no es que Francisco García Calderón, con toda su cultura y su virtud civil auestas, haga periodismo, sino que su periodismo superior se halle tan aislado en nuestra América.

Hay en su decisión de llenar columnas como un obrero modesto de nuestra prensa, un visible anhelo de participar con su juicio en nuestra vida civil. El no es, sino por la fuerza necia de las circunstancias, un americano clavado en Europa; él busca poner su acento entre los de allá, definir el suceso europeo para anticiparle orientación al hecho americano («quien define, alivia», decía Martí), y esta es la razón laudable de que haga presencia en las filas, tan dudosas, tan heterogéneas, de nuestro gremio, a la vez popular y desprestigiado.

Alfonso Reyes me decía: «Yo siento en Francisco García Calderón, como en ningún sudamericano, la nostalgia del solar». Se le siente, es verdad, a pesar de la reserva que es su naturaleza, alguna cosa que no es acaso sino la nacionalidad a medias. Pero el panorama de guerrilla inacabable, de fronda impenitente que dan nuestros países, debe refrenarle cada día el ansia de volver. También a mí me decía él mismo: «Parece que la América no pudiese todavía sostener *naturalmente*, sin esfuerzo, al escritor del tipo de Rodó, que no quiere hacer sino cultura absoluta, sin contacto caliente con el instante—no digamos ya la hora—político».

Es verdad. Si Rubén Darío se queda, tal vez hubiera parado—constreñido por la costumbre regional—en

Hispano-americanos en París:



Francisco García Calderón

hacedor anual de odas onomásticas de presidentes. El mismo Rodó, nacido en la zona mental más depurada de la América, como quien dice sobre el humus más cernido de nuestra cultura, ¿no fué desdeñado y por desdeñado puesto al margen del oficialismo intelectual de su país?

Un individuo superior.—Francisco García Calderón se ha hecho una especie de jefe natural de los escritores de habla española de París; se le busca para que encabece cualquier empresa de cultura; su ecuanimidad montañesa y su ritmo de equidad permanente ponen a raya con sólo su presencia, vehemencias inútiles y menudos rencores. Pertenece al tipo de hombres, tan escaso en nuestra sangre, en que la cultura es un imperativo de alta cordialidad y la literatura una caballería sin hazaña sonora, en suave ejercicio de vinculación y purificación de los hombres. Y su sitio de preponderancia es seguro, por el hecho sencillo de que no lo ha buscado. Más todavía: no parece advertir siquiera, desde su severa sencillez, que está usando jefatura moral. Nuestro tiem-

po de arrollamiento de la jerarquía presenta ironías como ésta: la jerarquía ha quedado intacta, como las demás cosas naturales, la atmósfera o la luz, sólo que no tiñe en rojo sus cifras ni vocea las órdenes, a fin de que no se inquiete nadie...

La manera de periodismo.—¿Qué es el periodismo moderno? Don Jorge Mitre dijo en el Congreso reciente de la Prensa en Panamá que «debe ser información, información e información», a diferencia del pasado que fué románticamente político, que tuvo interés directo en la lucha.

Informador por excelencia—el periodista de *Europa Inquieta* recoge el suceso limpiamente, como el pelotari la pelota, sin mezclarlo con su doctrina, aunque él la tiene, y magnífica; recibe el gesto político con una superficie de espejo leal, por leal, enjuto; oye la conferencia o el discurso con un oído austero, en que la voz no se deforma por buena voluntad abundosa, y sobre todo, por rencor proselitario.

De lo que no puede desprenderse, es de su naturaleza estética, y no sabe ser vulgar reproduciendo al vulgar; siempre prestará elegancia al expositor torpe y aupará la doctrina sin belleza en su frase que no conoce el desgarramiento. El mejor filósofo y el mejor orador, llámense Boutroux o Mussolini, quedarán agradecidos a semejante cronista, que les cede por una hora su dón de síntesis y su aguda precisión.

En los veinte artículos de este libro, Francisco García Calderón cumple la maravilla de poner en orden la magnífica batahola de Europa; establece las corrientes morales con la nitidez con que el cartógrafo dibuja la corriente de Humboldt o la red de canales de Holanda. Y con el ordenador, el anotador probó que, manejando los testimonios calientes de la prensa francesa o italiana para su trabajo periodístico (frenesíes a lo León Daudet o sarcasmos a lo León Blum), no se contamina jamás de los rabelismos grasos ni de la fiebre pútrida de ciertos polemistas. Maneja sus documentos como el ayudante de laboratorio sus sales, y su mano está siempre pura, como para tocar un niño.

Esta es la escuela prócer de articulista que nos hace falta en América, de equidad cotidiana que maneje el suceso sin magullarlo hasta hacerlo pus.

Marco Aurelio y los Savonarola.—El Profesor Belaunde me anotaba la desventaja evidente del escritor sin vehemencia, que se queda solo en nuestros países mirando cómo se le va el auditorio con el Savonarola que lo incorpora en su llama. Yo le contestaba que a mí me gustan mucho los Savonarolas y que los creo eficaces en todas las tierras, pero que la tragedia en nuestros países es la de confundir el Savonarola con la Erinna y también la de tener a trechos muy distanciados el Marco-Aurelio. El periodismo sudamericano, en especial el de los países pequeños, llega a parecer una profesión medioeval de desolladores, por lo cual el Continente mismo se parece un poco a San Bartolomé... Yo no creo en el magisterio, sino en los magisterios. Es lógico que exista el maestro violento, al que siguen los violentos; pero que los ponderados tengan sus jefes también y que éstos hagan acto de presencia delante de aquéllos. Que el agua cumpla su oficio donde lo cumple el fuego...

Europa.—Se dirá de este libro que limita su atención a Europa. Naturalmente: el periodista es por sobre todo, tacto próximo del acontecimiento; para contar sin vagaje lo ausente, está el novelista. No hay que ir demasiado lejos asegurando que la América es negocio espiritual enteramente autóctono y que podemos pasarnos sin el comentario de *esto*. Zaldumbide ya se inquieta, y con alguna razón, de la desconexión absoluta de Europa en que se han empeñado algunos grupos mozos de nuestros países. En cierta ocasión nos pusimos con un amigo a barajar de nuestro ideario americano lo europeo, y, por eliminación, no nos quedó de América sino la tribu. Los más bravos indianistas o criollistas, Vasconcelos, Lugones, otros, vienen también de Europa, Adam de todas las cosas, desde que el Asia dejó de crear, es decir, desde hace mucho tiempo.

La originalidad que se nos pide es de *los motivos*; la técnica siempre conservará dejos de Europa, sea técnica literaria o industrial, nuestro artesano, intelectual o manual, cogerá la materia prima de su horizonte por elemental equidad; pero, lógicamente, caerá en el tipo A, H. o Z de la manufactura europea, porque Europa ha acaparado todas las disciplinas, los modos y las normas, se ha incorporado al Asia y hasta al Africa, y ya puede decir que lleva en su mano los gestos universales.

Una "pulsación" de Europa.—Este último libro de Francisco García Calderón contiene, entre otras cosas, un admirable artículo sobre la inquietud francesa (a través de un escritor

de post-guerra, Drieux La Rochelle); una crítica aguda sobre Julián Sorel, el maestro desconcertante de Lenin y Mussolini; un verdadero capítulo de Antología en la semblanza del mariscal Lyautel, el africano; un estudio extenso sobre el fascismo italiano y sus hombres esenciales (el *duce* «napoleonida», «capitán de voluntades», D'Annunzio y Corradini), síntesis magistral del hecho fascista que cubre el horizonte europeo; otro, también lento y eficaz, sobre Caillaux: una nota sobre la xenofobia francesa; una impresión de Mac Donald, cuya lectura inclina vigorosamente hacia la simpatía del jefe laborista; una información sobre la «Acción Francesa», con esos dos ápices como de alta cornamenta, que son Daudet, «sagitario que ríe como Rabelais», y Maurras, «el hombre de la paradoja», que ha recibido el testamento de la cultura mediterránea.

Hay en la prosa de García Calderón algo de mullido que la diferencia de la que hacemos al otro lado del Atlántico; nosotros trabajamos aún con cáñamo indio, él lleva años de domar el español acérrimo con dedos de artesano de gobelinos. Nos descansa esta prosa que no golpea, que no usa la metáfora desenfundada y que divide en pliegues breves y perfectos el es-

pacioso período español (tan espacioso que castiga el ojo de recorrerlo y el aliento que debe cargarlo.) Algo de la prosa sinfónica de Rodó, que es la más profunda pasión americana de Francisco García Calderón.

Pero la cualidad máxima de este volumen es presentar a la juventud hispanoamericana el panorama de la turbación y la incoherencia europea.

Si leer *Europa Inquieta* es un largo deleite por la palpitación de la lengua, suave como la carnazón de la fruta de otoño, para la meditación de muchos planos y muchas horas. Que sea leído con la escurpulsosa lentitud con que lo ha escrito, para los dirigentes de América, un escritor grávido de conciencia contemporánea.

GABRIELA MISTRAL

(El Mercurio, Santiago de Chile).

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN: *Europa Inquieta*. Editorial MUNDO LATINO, Madrid.

Con esta Advertencia del Autor:

En este libro reúne el autor artículos publicados en La Nación, de Buenos Aires; El Comercio, de Lima y El Diario de la Marina, de la Habana. En ellos estudia la inquietud espiritual de Europa, el descontento y el desconcierto creados por la guerra. Este volumen obedece a la misma inspiración de Ideologías: desde un observatorio, sin extrema esperanza, simples comentarios, testimonios, reflexiones.

El poeta y su poesía

(Viene de la página 8)

de, propiamente, a la liberación del alma: la divina mariposa azul, la Aglaura Psiqué, diría, ensayando una clasificación puramente espiritual; la hija del aire, que no es más que amor y alas. Flor volante viene a resultar, en efecto, la mariposa. Algún día en que trataré, quizá, de la *Vita Nuova*, he de explicarme sobre esta idea sexual, relacionando aquel precioso ser con Atena «la reina del aire» cuya mirada era el azul del firmamento. Váyase viendo, por ahora, cuantos títulos a la humana consideración posee el artista y la importancia social de la función que desempeña como intérprete y revelador de la belleza latente en nosotros: germen de vida superior, cuya animación es el despertar del alma. Pues sólo en este estado de vigilia que no debemos sino al arte o al amor, vivimos la vida verdadera o, en otros términos, la existencia inmortal. Fuera de aquel estado superior, «la vida es sueño», efectivamente. Pasamos como sombras por aquella gran luz, sonámbulos que sólo despiertan a su esplendor en la iluminación de la belleza.

Porque esto, téngolo dicho ya, constituye un alumbramiento: una obra de regeneración. La mariposa no es un engendro directo, sino una transformación de la oruga engendrada. Este es el milagro del arte verdadero y del perfecto amor, y a esto se sacrifican el artista y el amante. Canta su

elegía del tiempo que pasó el poeta que sabemos dichoso. ¿De qué está triste ese hombre feliz?, dirá alguno, acaso. Pues de nuestra tristeza. De la gran desventura humana que consiste en pasar. Pues nada induce tanto a la melancolía como, según la virgiliana expresión, aquella fuga irreparable del tiempo. Así la contemplación del manantial es una tristeza pacífica y silenciosa. Son, por otra parte, sinónimos realidad y pasado; y de aquí que, por este último, venga a definirse la existencia. Capdevila lo dice en el verso final de su primera composición, que es como la prevención tonal de su sinfonía:

Pasado: esto somos y no somos más.

He aquí que advierto a deshora cuánto me ha hecho pensar el poeta de este libro amable; lo que si viene a ser su mejor elogio, resulta otro tanto espacio perdido, con desventaja del lector, para la cita de sus versos; pues claro está que ellos son, en la materia, mejores que mi prosa y que otra cualquiera.

Pero he dicho libro amable, porque en su intimidad confidencial es, por excelencia, el libro amigo. La poesía de Capdevila constituye, ante todo, un caso de cordialidad. Su expresión es tan sincera, su distinción tan sencilla, su claridad tan pura, su intención tan buena, que nos gana desde luego

por la afabilidad, condición muy señorial, sin embargo. Pero ya lo dijo el antiguo adagio caballeresco:

«Vraie noblesse
Nul ne blesse».

En aquel artículo de la primera vez había ya señalado la nobleza y la piedad como cualidades dominantes de este poeta. Sólo que ahora la piedad es, ante todo, consigo mismo. El poeta ha aprendido a considerar ya como suyo el dolor humano. Es la incorporación substancial del conocimiento, en que consiste la verdadera sabiduría. Al decir «yo», dice también nosotros, totalizando. Esto es lo que representa el «nos» de las altas dignidades que ejercen ministerio pastoral, como el obispo y el rey.

Su nobleza manifiéstase, asimismo, con un nuevo rasgo, que es la afición vernácula. Este libro dedicado—consagrado, dice el poeta—a Córdoba, está hecho todo él con emociones, recuerdos e imágenes vividas en la ciudad natal. Es como la floración, advierte él mismo, de aquel otro: *Córdoba del Recuerdo*, en que acaso esté también su mejor prosa.

Ahora bien; toda nobleza es feudal, desde la «polis» helénica, aunque ésta fuese republicana. Nada tan plebeyo como el igualitarismo internacional, cuyo neologismo sintético: la solidaridad, es un término de notario. Así, además de noble, es ésta una poesía aristocrática; y ello a despecho del liberalismo que con toda sinceridad profesa el autor. Pues aunque lo quiera él mismo, no podría igualarse, habiendo nacido superiormente desigual. Por otra parte, esta superioridad es la que hace de él una entidad representativa. Pero ya lo explicaré mejor más abajo.

Y a fuer de buen poeta de la ciudad, excelente romancero. Así en la poesía inicial de la primera parte, dedicada al recuerdo infantil: LOS OJOS ABIERTOS, una composición a la vez perfecta y preciosa en su simplicidad, pues no hay diamante como la gota de rocío.

Umbral

En el umbral sentado,
de niño, discurría:

En un caballo negro,
una tarde me iría.
Mi madre por la casa
¡cómo me llamaría!
Por la ciudad mi padre
¡cómo me buscaría!
Andando en mi caballo
con mucha gallardía,
a no sé qué comarca
sin nombre llegaría.
Una princesa rubia,
rubia me esperaría.
Proezas del camino
sin fin le contaría.
Y como bien se sabe
que la enamoraría,
con ella en una iglesia
blanca me casaría.
Mi madre, bien sabido
que nos bendeciría.
Mi padre por seguro
que nos perdonaría,
y a todos los amigos
mi historia contaría.
¡Bandido de muchacho!
¡Quién nunca lo diría!
Y la ciudad entera
se maravillaría.

Con esto abro los ojos
ebrios de fantasía.

Pero de propio sueño
corriendo, ya corría.

Corría por la casa
«Ven, madre», repetía.
Madre, la dulce madre,
jamás la dejaría.
Me le colgaba al cuello...
Nadie por qué sabía...

Imposible dividir la lúcida gota sin destruirla, ni comentarla sin enturbiar su nitidez. Al que no sienta eso, fuera inútil advertirle la luz misma. Y así casi todo el contenido del libro en su claridad perfecta. La misma reticencia, no es en él sino delicadeza de una melancolía que no insiste para no llorar. Porque la expresión de la melancolía no es el llanto, sino el suspiro. El dolor definido arranca el llanto, que es la sangre del alma. La melancolía materializa en el suspiro aquella aspiración al infinito, que en este caso poético resulta la congoja de lo que no fué. Helo aquí en la segunda poesía del libro:

Pasó...

Pasó el tiempo, todo el tiempo...
Yo esperaba con gran fe.
Entristécete, alma mía,
por lo que hoy tampoco fué.

Vas pidiendo por la vida,
sin que nadie te la dé,
la inhallable mariposa
que una tarde se te fué.

Leve forma, puro encanto...
mariposa o no se qué...
todo y nada... gran misterio...
se está viendo y no se ve...

En la infancia o en el sueño,
o en la nada, yo no sé,
la tenías y era tuya...
y una tarde se te fué.

¿Sucede así en verdad? Probablemente no. Pero el artista será siempre un niño perseguidor de mariposas.

Este delicioso cantar que parece llevar en sí mismo la música de un *lied* que fuese al propio tiempo una canción de cuna no ha de impedirme citar, retornando la ilación crítica, otros dos romances bellísimos: el de *Las Tres Niñas de Córdoba* y el de *Los Duendecillos* que merecen contar, por cierto, entre los mejores del moderno castellano. Y siempre dentro del verso asonante, aunque libre esta vez, *La Nube*, delicada historia del niño soñador que contemplaba las sombras de los seres: hombres, vehículos, edificios y la suya propia, tan leve y movediza entre ellos; hasta que una tarde en que estaba ya por acabarse su infancia, pasó una nube cuya sombra fugaz se la llevó para siempre borrada:

Y no se vió ya nunca en calle o plaza
esa primera sombra mía.
La casa, el árbol y las torres vieron
solamente una sombra pensativa.
La alegre, la dichosa,
la angélica, era ida.
¡Se la llevó una nube
para todos los días!

Rico en dotes de poeta como pocos, evita éste, con gallarda oportunidad, la monotonía que parece inherente al género. Así, además de romancero excelente, es paisajista de primer orden. La segunda sección del libro: SIERRA AZUL, contiene cuatro poesías dignas de Pascoli: *Serranilla*, *Baño serrano*, *Sierra triste* y *Un manso ruido*; pero, el tema noble entre todos: la melancolía de lo que pasando se frustró, domina allá mismo con su belleza. He aquí esta estrofa de

Romanticismo, que es, por sí sola, un poema:

El último arrebol pálido arde.
Y en el vago crepúsculo tan lerdo,
al vagabundo soplo de la tarde
se estremece en las liedras el recuerdo...

Y *Primavera*, una de las más hermosas en este libro de tan alta belleza:

Hubo ha tiempo en el mundo primavera...
¡Recuerda, corazón, todo tu ayer!
Era en los campos; y en los campos, era
ansia de amor en el atardecer.

Cada rosa era entonces la primera
y parecía en el rosal arder.
Todo el mundo era entonces primavera
y amanecer.

Todo el mundo un país divino era:
y el destino, jardín por florecer.
Hubo ha tiempo en el mundo primavera.
¡De veras, corazón, no ha vuelto a haber!

Y viene después EL HUERTO ENCANTADO, entre cuyas quince poesías no sabe uno con cual quedarse por mejor, aunque yo preferiría, quizá, *El amor perdonavidas*, *La cita mentida*, *Estudiantina*, *Misa de alba* y *París*. Y sigue, también completa para la admiración, LA PROMETIDA, con sus trece composiciones, que ora son cuadritos de género, ejecutados con maestría superior, como la primera estrofa de *La niña del arco* y *El Ansia*, respectivamente; ora pequeñas maravillas de elegancia—pequeñas sólo por la magnitud—como *Vacaciones* y *El tuco*; ora todavía, dos profundas expresiones de la poesía inmortal: *La invitación al destino* y *Los hados*.

El tema de ambas que hacen pareja como dos nobles lágrimas indecizas en brotar, inspira la quinta y última poesía de la postrera sección: *Las serenatas*, donde, tono y situación, sugieren la inevitable despedida; aquello que, en suma, viene a ser la vida misma con su incesante pasar. ¿No vivimos despidiéndonos de nosotros mismos en cada día que pasa, como si cada uno fuera la preparación de la muerte? La existencia está formada de días abolidos, a semejanza de la huella ilusoria en el arenal que se traga los pasos. No resisto al agrado de transcribir esa poesía: *Canción de los pobres versos*, que podría titularse también elegía del amor quimérico. Aquella otra expresión de la aspiración al infinito que se vuelve el quimérico amor en el cual Ella es sinónimo de Ninguna:

Versos, pobres versos de un amor sin gloria
que a la siempre ingrata su homenaje dan:
íbais en pos de ella como una ilusoria
fragancia de rosas que nunca abrirán.

Versos de mi alma, profundo murmullo
de nido en la sombra, tras el huracán...
En torno le hacían caricia y arrullo...
Todavía trémulos de quererla están.

Dijo mi esperanza: ¡Pero a nadie quiere!
Y este fué consuelo para aquel afán.
Ya no digo nada. La esperanza muere.
Al templo la llevan y anillo le dan.

Temerosos versos que ayer la siguieron,
nunca siendo ajena se le arrimarán...
¡Sepan dar a otros lo que no me dieron,
versos que sin dueña por el mundo van!

Y por último, rasgo también de buen artista, la más intensa y sinfónica de todas: EPILOGO OTOÑAL que no cabiendo aquí, como debería por su mérito, me dará ocasión para citar éstos que siguen entre los verdaderos poemas cortos que a guisa de estrofas le constituyen:

¡Oh, lluvia que a toda
pregunta
nos dice
que nunca!

Donde por la rima, el ritmo y la sugestión, diríase que las palabras gotean pensativas, materializando el alma de la lluvia. En esas diez palabras están dos veces las cinco vocales; y desde luego, todas ellas en el primer verso. Y en el sonido dominante «un», el eco que canta en la gota y gime en el viento. Pues tanto valen diez palabras, no más, si las combina un verdadero poeta.

Y estos dos, ya menos intensos, aunque no menos bellos:

Tarde... Sigilosa tarde del otoño
perdida en la bruma,
triste de un deseo, de un solo deseo
que no hay cómo ni dónde se cumpla.

Tarde lerda, tan fría y tan sola,
acaso la única, acaso la última,
para hacer aquello, solamente aquello
que no haremos nunca...

Obsérvese ahora, una vez más como a este buen poeta, no solamente nada le estorba la rima, sino que en poemitas como el de la lluvia, que acabo de citar, le resulta la mitad del encanto. Si el sonido «un» no se repitiera rimando, es decir duplicando la gran pausa que determinó todo el ritmo de esa combinación de diez palabras, en la quinta y en la décima—puesto que en el primer verso, «que» y «a» forman por sinalefa una sola—tampoco habría construcción musical, ni aquella sugestión fonética que mencioné y que duplica la intensidad del sentido. Ahí se ve que al consistir la poesía en la emoción de belleza expresada con lenguaje musical, ambos elementos le son indispensables por lo esenciales. Por esto, cuando se trata de un verdadero poeta, su lenguaje natural es el verso que, lejos de estorbar, facilita la expresión de sus emociones, como el canto amoroso del pájaro. Y viniendo a la sencilla técnica del instrumento expresivo, basta recordar que nuestro idioma posee dos clases de rima; siendo tan fácil y profusa la imperfecta o asonante, que sólo una extrema impotencia llegará a considerarla obstáculo.

Algo parecido ocurre con la metáfora, elemento poético de importancia, pero como tal, no como objeto mismo de la poesía. Pues bien, la estética nueva, correspondiente, según nos dicen, a una nueva sensibilidad, consiste en estas dos miserias negativas: la abolición del verso y la reducción de la poesía al invento de metáforas. El poeta viene a ser, pues, un imaginero en prosa...

La emoción desaparece. Es la «anécdota» despreciable. No queda sino la metáfora impersonal, verdadera rueda al vacío. La impersonalidad metafísica niega, a su vez, el elemento humano en el arte. Es una especie de misticismo colectivista que convierte a cada individuo en fracción gremial, y de consiguiente en producto comunista el arte. Facilitada la operación, mediante el culto del mamarracho primitivo, nada más fácil que ser artista, en consecuencia.

Es, exactamente, la negación del humanismo que convirtió en civilización la

barbarie medioeval, cristianismo inclusive, conforme lo vemos en la transformación católica. El objeto de aquella evolución, fué exaltar, en efecto, el valor de la entidad humana que es de suyo individual, y con ello jerárquica y dominante. El múltiple asalto colectivista contra dicha entidad, resulta, pues, una reacción de barbarie. No le falta ni el característico reniego del amor que es, en suma, la poesía misma.

Si sólo se tratase de un conflicto más entre el arte y la retórica, todo ello no pasaría de un episodio baladí. En el presente estado social, es un síntoma. Indica la disolución a que arrastran en política todas las formas ecuménicas: monarquía universal, patria universal por la sencilla razón de ser ellas otros tantos contrasentidos. La libertad absoluta no es más que una negación idealista. Por otra parte, la entronización del inferior y del mediocre constituye una suprema esperanza para el menguado. Iguala: es decir, rebaja, con una recóndita voluptuosidad de desquite. Y ésta es la causa profunda del éxito, no menos que la explicación experimental de la democracia mayoritaria. Ella no puede elegir, sino de acuerdo con sus aspiraciones.

Pero ante la verdad de los hechos, que no ante la ideología, sólo es representativo lo superior. Y ello, en virtud de un fenómeno que podrá ser desagradable, pero que la experiencia nos revela fatal: unos

hacen para la dominación y otros para la servidumbre. Y todavía es más fácil, si bien se ve, suprimir al amo que al ciervo. En arte, lo mismo que en política, la plebe es infecunda como el mulo. La incapacidad de amar que antes dije, revela una inferioridad nativa, rebelde a todo simulacro de menosprecio y de grandeza. Así, en estética, la preferencia por lo sorprendente, que no es sino el deslumbramiento del salvaje ante el abalorio. Miseria de vanidad en que sólo se complace la pobre gente que tiene por corazón el corcho extranjero de una botella de champagne. Nada hay tan plebeyo como el estreno permanente; y la elegancia, que es la nobleza de la actitud, evita la novedad y detesta lo llamativo.

Así en castizo viejo verso, que lejos de excluir exalta la originalidad de la expresión, precisamente porque no la estorba con perendengues ni contorsiones, está compuesto este libro de amor, tan distante del escándalo como la misma noble pasión que lo inspira. El poeta y su poesía son, pues, una misma cosa natural, nacida en la misma vieja Córdoba del cariño y del recuerdo. ¡Romántico!...—dirán de él con la mueca consabida, aunque elogiándolo sin saberlo, al darle así, en belleza y en verdad, el alto título de señor de la quimera. Romántico, romántico nada más...

Nada menos, pobre gente.

LEOPOLDO LUGONES

Leyendo a Joaquín Edwards

Reflexiones sobre su obra

Paris 3 de mayo de 1927.
3, rue Auber.

Señor don

Joaquín García Monge,

San José

Recordado amigo.

Con la presente tengo el agrado de incluirle unas cuantas reflexiones inéditas sobre Joaquín Edwards Bello, a quien admiro y quiero. ¿Sería Ud. tan amable de publicarlas en su leído Repertorio Americano, que, al mismo tiempo, es una cátedra, la gran cátedra de América? Porque, si hay muchos otros órganos de mayor importancia material que el Repertorio, no hay ninguno de más importancia espiritual y de mayor penetración continental.

Yo estoy actualmente al frente de la oficina que ha creado El Mercurio en París y constantemente tengo su Repertorio en las oficinas dedicadas al público. Si en algo puedo serle útil, estoy enteramente a sus órdenes.

Mil afectos y mil recuerdos.

Suyo affmo

LEONARDO PENA.

DIFÍCILMENTE podrá encontrarse en la historia social de ningún pueblo, un caso parecido al de don Andrés

Bello, cuya poderosa herencia se ha transmitido a través de cuatro generaciones sin parecer agotarse y marcando con una señal indeleble—que en unos es un signo de exaltación y en otros un signo de dolencia—a cuantos han tenido la suerte o la desgracia de recibirla. La normalidad es rara entre sus descendientes, como si nadie hubiese podido llevar impunemente su sangre. Así, al lado de seres de una modalidad genial como Teresa Prats Bello, de escritores de una intuición activa como Inés Echeverría Bello, de escultores de un realismo patético y fiebroso como Rebeca Matte Bello, de poetas, de abogados, de juriscónsultos, de diplomáticos y aun de latinistas de nota, como aquel Carlos Bello, hijo de don Andrés, que fué, al mismo tiempo, un don Juan arrogante y original, hay la triste cohorte de los locos, de los maniáticos, de los alcohólicos, de los dementes, de los degenerados y de los suicidas. Es una familia que, en un medio social más vasto y menos vanal que esos insípidos e insustanciales medios sudamericanos, habría dado tema para una epopeya zoliana como los Rougon-Macquart o para la construcción de

todo un lienzo de la inmensa *Come-dia Humana* de Balzac.

Uno de los más fuertes vástagos del viejo formidable, es su biznieto Joaquín Edwards Bello, cuyo hermano Oscar ha escrito un ensayo sobre la *Relación de constancia entre los fenómenos del Universo*, de una extraordinaria erudición y que no es más que el drama íntimo de un alma para la cual la idea del bien humano se confunde con la necesidad racional.

Espíritu difícil, arrogante, singular, inestable, con inquietudes intelectuales más que físicas y con inquietudes morales más que intelectuales, con un instintivo afán de precipitar las cosas y de cortar bruscamente por lo sano y con una ingenuidad infantil que estompa hasta los rincones más sombríos del cuadro, Joaquín Edwards se presenta como un testimonio irritado que guarda, en la execración de la bajeza, un nihilismo creador, un pesimismo productivo. Se diría que su única manera de afirmarse, de demostrar su fuerza es la negación y el sarcasmo. Sin embargo, a menudo, su impiadosa saciedad tiene minutos de salud y entonces vemos que, si su espíritu es portado a la amargura—una amargura que no deforma las cosas, pero que las hace más tristes y que va más allá que todos los sollozos—es porque en él hay una necesidad absoluta de apuntalarse con disciplinas morales.

Sus primeros libros—que resumen, acaso, la etapa más resonante de su vida—aparecen llenos de esa audaciosa expresividad y de esa dura necesidad de convicciones que hacen de la juventud una edad implacable y frenética, en la que el hombre, sintiéndose un sér libre, un sér de alegría y de gloria, no se cree, no se siente obligado a ninguna concesión, ni a ningún miramiento. Así, no es extraño que la publicación de *El Inútil* le valiese a Joaquín Edwards un destierro general de los salones de Santiago,

En esos primeros libros—que carecen de la bella e intangible ordenanza interior, perennidad de las grandes obras—Joaquín Edwards demuestra ya las cualidades que, más tarde, no harán sino robustecerse en él: un colorido ardiente, una gran frescura de sensibilidad, una riqueza extraña en las impresiones acumuladas, una energía cruda en el diálogo y un lirismo áspero que, al trasponer la vida—una de las mayores bellezas de sus obras, es el ardor de transposición que recelan—crea un ambiente de fuerza. A eso pueden agregarse ciertas características que afortunadamente, tienden a desaparecer: una pintura demasiado desenvuelta, que volcaba fácilmente en las vulgaridades naturalistas; un empeño en transfigurar las fealdades

y mezquinerías de la existencia y una violencia inexorable en la conducción de los episodios, lo que le dejaba apenas el tiempo de contemplar las fééricas arquitecturas de los cielos, o el estremecimiento húmedo de los paisajes chilenos o la rápida alegría de los ríos, tan frescos e inclinados de su tierra, o la transparencia de esos velos ligeros como llamas, que bajan al alba de los Andes...

Entre las miriadas de ojos humanos que pueblan la tierra, hay los ojos que miran, los ojos que contemplan, los ojos que ven y los ojos que descubren. Estos últimos son los ojos de los observadores y de los pintores y que también son los ojos de Joaquín Edwards, pues, en él hay un pintor y un observador: un pintor, porque sus composiciones vivientes y expresivas no hacen sino trasladar—sin desenvolverlas, casi,—las impresiones que restan en estado latente en su memoria, y un observador porque los acontecimientos no sólo despiertan en él un interés físico y sensual, sino también ese estremecimiento de verdad que afirma la eficacia del hombre.

El oído no es menos enregistrator en él que la vista. Reflexiones populares que, a los oídos indiferentes parecen vanales, para él tienen un sentido pintoresco y secreto que le permite llegar hasta el alma simple en apariencia, pero complicada en realidad, del hombre del pueblo. Y como todo hombre es un punto de contacto con la naturaleza, hélo ahí vislumbrando las fuerzas ocultas que reglan, dirigen y constriñen las actividades humanas.

En sus últimas obras, se adivina ya al constructor que, desdeñando la vida en su hervor primitivo, próximo del caos, se alza hasta la evocación de esas escenas en donde resplandece la poesía de un pueblo, de un continente, de una tierra. Más que el alma del individuo, que es efímera, lo que lo inquieta, es el alma de la colectividad, que es permanente. Se diría que Joaquín Edwards ambiciona tender el puente de su inteligencia entre el arte y el genio de su raza, genio que es preciso mantener y depurar, si se quiere que el espíritu de una nación dure más que su nombre. Así, la idea del nacionalismo continental, que está latente en América, ha encontrado, por lo que se refiere a Chile, su campeón en él.

Leyendo a Joaquín Edwards la primera reflexión que se nos ocurre, es tocante al estilo. Joaquín piensa que el escritor americano que es armonioso, no es americano. Para ser un verdadero escritor del Nuevo Mundo es preciso ser áspero, rudo, violento, en una palabra, tener la

manera brusca, cortada, llena de imágenes imprevistas y de imprevistas y bizarras anotaciones—de lo cual es casi imposible dar una idea cuando no se le ha leído—del propio Joaquín Edwards. Sin duda que no hay un mayor anacronismo que el lenguaje, en bellos versos franceses, de los Incas de Voltaire, o que el lenguaje dulzuroso y alambicado de los Natchez de Chateaubriand; pero, de ahí a creer que las clases pensantes de América deban tener un lenguaje reñido con la armonía, hay un mundo. La mejor prueba de que la rudeza no será jamás un signo característico de americanismo, es que don Miguel de Unamuno, por ejemplo, que es sin duda el más alto representante de la intelectualidad española, posee, como nadie, un estilo anguloso y difícil, estilo que él mismo se encarga de hacerlo más áspero aún, cortando a designio las frases que le resultan demasiado armoniosas. Al creer, pues, que su manera, debe ser la manera de los americanos, Joaquín Edwards no hace sino plegarse al viejo hábito de los hombres que, en todo tiempo, han creído que sus cualidades, son las cualidades por excelencia. Así, mientras Byron afirmaba que el signo característico de la distinción de raza, eran las orejas pequeñas porque él las tenía pequeñas; Napoleón, que tenía hermosas manos, afirmaba que, el signo característico de esa distinción, eran las manos hermosas.

La segunda cuestión que nos ofrece la lectura de cualquier libro de Joaquín, porque es una de sus preocupaciones constantes, es la de saber qué piensan de nosotros los europeos.

Barrés—y con él, la gran mayoría de los habitantes del Viejo Mundo—estaba constantemente pidiéndole a los americanos, un arte americano, una literatura americana, una poesía americana. Joaquín Edwards, que tiene idénticas exigencias, exclama con amargura: «Sólo somos un reflejo de la Europa y por eso estamos rebajados ante ella».

A mí siempre me ha parecido que las personas que tienen tales exigencias, es porque no se dan la pena de estudiar la génesis del problema.

Los americanos somos, en la inmensa mayoría, descendientes de europeos, de modo que nuestra sociedad, nuestras costumbres, nuestros trajes y nuestra manera de ser son, no españoles, ni franceses, ni ingleses, ni menos aún americanos, sino europeos, esencialmente europeos. Nuestras repúblicas son provincias europeas, con un poco más de ansias de progreso que las provincias de Francia, de España y de Italia; pero, provincias, al fin. ¿Cómo exigirnos, entonces, un arte propio,

una literatura propia, una poesía propia? ¿Cómo poner «americanismo» en una obra de arte, cuando el «americanismo» no existe? ¿Cómo poner exotismo, cuando el exotismo es desconocido hasta en la naturaleza de América, que es grandiosa y salvaje, pero sin dejar de ser europea, por cuanto no tiene ni la fauna monstruosa de la India, ni la flora gigantesca del Africa? Nuestras selvas vírgenes se reducen a albergar colibríes multicolores y loros chillones y a dar hospedaje a leones que no son leones, y a tigres que no son tigres, sin que jamás sus ramas bajas hayan acariciado al lomo negruzco de esos inmensos paquidermos que pueblan las soledades asiáticas y africanas. Y es, sin duda, esa falta de exotismo, lo que nos ha permitido continuar siendo europeos, a pesar del desarraigo de nuestros antepasados.

¿Constituye todo eso un signo evidente de inferioridad? Creo que no. ¿Es que la literatura francesa del siglo de oro, es menos grande de lo que es, porque no hizo sino imitar a los griegos, a los latinos y saquear a los españoles? Seguramente que Eurípides y Terencio habrían exigido, en presencia de las obras de Racine, obras «francesas», como Barrés exigía en nuestros días, obras «americanas»...

Sin embargo, la originalidad no consiste en ser original, sino en ser fuerte. Si Rodó, por ejemplo, hubiese tenido el vigor intelectual de Emerson, su lectura no le habría dado a Miomandre, la sensación de leer cosas conocidas, como no la da la lectura de Emerson, a pesar de estar empapado en Montaigne y en Carlyle.

Además, y en esto estoy de acuerdo con Joaquín Edwards, los pueblos pequeños producen difícilmente grandes hombres. No se me citará el caso de Grecia y Roma, que eran relativamente pequeños; pero que no sólo ocupaban el centro del mundo y, por consiguiente, eran el mundo, sino que encerraban también toda la civilización de aquella época. Igual cosa podemos decir de Suiza produciendo a Rousseau, de Bélgica produciendo a Rubens y a Maeterlinck y de Holanda produciendo a Rembrandt y Spinoza.

Supongamos, por el contrario, que Zola o Balzac hubiesen nacido en Chile o en Colombia. Sin ambientes, sin tradiciones, sin escenarios ¿habrían podido jamás concebir las epopeyas que concibieron? Supongamos que Rudyard Kipling hubiese nacido en el Brasil. ¿Es que hubiese podido jamás dar a luz a ese maravilloso *Libro de la Jungle* en el que se agita una humanidad más sorprendente que la humanidad humana: la humanidad animal? ¿Con qué elementos? ¿Con los papagallos multicolores? ¿Con los titíes? ¿Con las puebladas antropófagas?

El tercer y último punto que quisiera tocar y que ha sido para mí un ponderado motivo de reflexión al leer a Joaquín Edwards, es la cuestión de la unidad de la raza chilena. Joaquín la niega y para ello se basa en que el pueblo chileno se divide en dos clases sociales separadas por un abismo y entre las cuales, Joaquín ve una diferenciación étnica profunda. Aparte de que todos los extranjeros que han visitado el Nuevo Continente, sostienen que Chile es el único país de América que tiene, no sólo una nacionalidad perfectamente característi-

ca, sino una raza perfectamente homogénea, yo creo que no hay nada en el mundo que se parezca más a un «roto» que un «futre», ya que, si basta «escarbar en un ruso para encontrar al cosaco», basta escarbar en un «futre» para encontrar inmediatamente al «roto» con todos sus instintos de robo, de crueldad, de embriaguez, de fanfarronería, de orgullo patrio y de indiferencia, cuando no de odio, por cuanto signifique cultura superior.

LEONARDO PENA

París, 1927

Mi Mensaje a la juventud

a)

México, 15 de Mayo de 1927.

Mi querido amigo y compañero:

Como le había ofrecido, va con ésta la primera parte de mi conferencia Mi Mensaje a la Juventud, primera de la serie que he empezado a dictar en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, auspiciadas por la Universidad Nacional. La actitud responsiva de México, en esta primera conferencia, ha sido colosal. Ha recibido mis palabras con avidez de tierra seca ante las primeras lluvias, lo cual es un síntoma alentador. Mi voz no clama en el desierto.

Lo que le enviaré después reviste mayor interés, porque el dedo toca allí la llaga más concretamente en el cuerpo hispano-americano. Todo será para el Repertorio, porque es a mi juicio, el más conspicuo paladín de los ideales de regeneración continental.

Lo abraza con afecto y le admira su amigo

SANTIAGO ARGÜELLO.

Monterrey, 229 A.
México - D. F.

Voy a hablarle a la juventud de Hispano-América a través de la juventud de México.

Pero quiero antes advertiros que no busquéis en mis palabras alusiones odiosas, ni para los hombres, ni para los pueblos. No es mi intento el de herir. Guíame la buena intención, al señalar nuestros defectos genéricos, con ánimo de hallarles remedio, en este actual instante de desorientación para la humanidad y de especial angustia para nuestros destinos. Habla por mi boca el espíritu de nuestra raza, diciéndoles a todos sus hijos: «¡Despertad, labradores, que el huerto está esperando el sudor prolífico de vuestras frentes!»

Tampoco pretendo hacer literatura. Si mis frases os hacen decir interiormente: «es verdad», me sentiré contento, como si me hubiérais dado una corona. Y más contento aún, si

añadís a vuestro sentimiento, un leve esfuerzo de obra que pruebe que coadyuváis conmigo en mis anhelos de regeneración.

El mundo empieza a andar por senda espiritual

La Humanidad, que, en su pasado ciclo evolutivo, había alcanzado su más depresiva inmersión en la materia, empieza ya a ascender por la curva espiritual, en ese perenne quiebro de ondas en que a lo largo de los tiempos va el progreso humano.

En los finales del anterior período, hasta la Ciencia, totalmente materializada, no sirvió, en gran parte, sino para sutilizar ese epicureísmo del sentido, que se llama *confort*; o para llegar, de refinamientos en refinamientos, hasta a embotar las sensaciones, aflijidas de goces, enfermas de tristeza de hartazgos; o para acrecentar el letalismo del odio, proporcionándole medios de agredirse en guerras y hecatombes.

Después de bajar tanto, al punto de ser la angustia y la inquietud la norma psíquica de nuestras civilizaciones, ya estamos, como os digo, comenzando a ascender. Si sentís, o, mejor dicho, presentís, lo que os digo, no me será difícil haceros comprender la indispensabilidad de transformarnos de modo que podamos ser peones aptos en ese gran impulso constructivo que adviene, e ir haciéndoles, los que vayamos por delante, más suave la subida a los que vienen por detrás. Para ello, es preciso *comprender*. Comprender una verdad, ya es colocarse en aptitud de sentirla; y sentir la verdad, ya es colocarse en aptitud de ejecutarla. Poneos en capacidad de conocer lo que sois y en dónde actuáis. Haced con vosotros lo que el campesino con el surco. Quitad las malezas oscurecedoras, para que os bañe el sol de la verdad. Con el rayo de sol, germinarán vuestros gérmenes latentes; y los gérmenes en

vibración serán, por fuerza más tarde flor y fruto. Rayo de sol: ¡idea! Germen despierto: ¡corazón! Tallo que brota: ¡amor!

Procuremos comprender; que, después de comprender, sentiremos; y, después de sentir, floreceremos.

El individualismo

Dos han sido las características de mayor relieve en nuestra atosigante materialidad: el individualismo como ideal, y el positivismo como norma sensual.

Hemos logrado prodigiosos avances en el reino de lo material; hemos descubierto secretos y sujetado fuerzas naturales; hemos clasificado, contado, medido, pesado, analizado formas; hemos desarrollado el raciocinio; hemos ejercitado y hasta sutilizado las potencias de la mente concreta; pero hemos ido, al propio tiempo, perdiendo la visión superior, sepultando el ideal bajo los escombros del apetito insaciado e insaciable, e inmovilizando el péndulo sensible en el reloj del corazón. Y, sin embargo, ello era preciso. Había que obligarnos a conocer las mallas laberínticas de la existencia: enseñarnos a sentirnos vivir. Y, a medida que nos íbamos hundiendo en la materialidad, íbamos obteniendo más firmeza en la conciencia de la tierra; pero, por otra parte, iban también interponiéndose más vendas entre los ojos y los cielos. Se fue eclipsando la intuición, para que surgiera diestra la razón. Se fue callando el alma, para que aprendieran a escuchar los sentidos. Era preciso que el desterrado de los cielos olvidara su patria, para que pudiera sentirse ciudadano del mundo; y para que desde lo oscuro de ese mundo pudiera descubrir de nuevo, por sí

sólo, la senda de lumbres de aquel cielo.

No viendo sino las paredes corpóreas, la conciencia se identificó con su envoltura. Siendo conciencia, se juzgó sólo cuerpo; tal como la luz de una lámpara, que, por mirarse lámpara, se le olvida que es luz. Nuestro *yó* individual vió en las formas la vida única, y a esa vida se redujo su acción. Los cinco sentidos fueron entonces como las cinco únicas lenguas por medio de las cuales probaba la existencia. Por eso, los apetitos y pasiones han sido sus primordiales incentivos para el movimiento, los alimentadores de sus odios, las chispas de sus incendios belicosos y la fuerza atractiva de sus predilecciones. Y allí tenéis el génesis de ese poder separatista que se ha llamado el *individualismo*. Esa conciencia separada pugna por ser cada vez más poderosa dentro de su aislamiento; de donde nace el egoísmo, ese sorbo que atrae ciego a nosotros cuanto nuestras deseos juzgan destinado a saciarlos.

Pues a esos estimulantes de nuestra animalidad se junta, en nuestra etapa material, el más intenso de nuestra humanidad: el de la mente. Sobre la agresiva inocencia de la bestia, se yergue la astucia diabólica del hombre. Porque la mente, que es Luzbel junto a Dios, es Lucifer junto a la carne. Ella, que es ala para el aire, también es colmillo para el fango. Adherida al instinto, lo envenena. Inventa salsas para acuciar el apetito, complica las funciones, sesga las trayectorias de la ley, y pone gestos de clandestinidad en el rostro limpio de la naturaleza. Ella, la mente, es la inventora del pecado. Es la malicia sobre la desnudez, es la hoja de parra sobre la castidad. Es la serpiente enroscada en el Arbol del Bien y el Mal del Paraíso.

Las zarpas sin la mente, matan sólo por aplacar el hambre. Las zarpas con la mente, se disfrazan de cultura y de ciencia; y, transformadas en fusiles, en bombas y en gases asfixiantes, ya no matan únicamente por hambre; ya matan por robar territorios, por usurpar riquezas, por imperar sobre los otros, por adquirir encumbramientos sociales; hasta por matonismo, hasta por gloria; y hasta ¡quién lo creyera! por deporte, por el vano placer de una certera puntería y por el sádico goce de ver caer sangrando un cuerpo herido. Los instintos nacen ciegos, meros estímulos naturales de la acción. Es la mente quien les abre los ojos, quien les malaconseja de placer, quien pone sobre la simple y sana satisfacción del apetito las lentejuelas fascinantes del vicio.

El *individualismo*, necesario como etapa, es nocivo como finalidad. Dentro del mecanismo de un reloj, cada volante debe ser perfecto, pero no por serlo aisladamente, sino para que la perfección de cada pieza perfeccione el mecanismo total. Si cada corpúsculo sanguíneo se fortifica y vitaliza, es porque habrá de fortificar y de vitalizar el cuerpo en que se desarrolla. Pieza del reloj social, corpúsculos del cuerpo de la humanidad: eso es el hombre. La época de su individualismo, de su sorbo centrípeto, de su ideal egoísta, fué la época de su vitalización, de la afirmación de su conciencia en lo externo, de su aprendizaje material de la vida; mas el período siguiente habrá de ser el de la aplicación de su energía singularizada al engranaje de todos los seres en familia, en clanes, en naciones, engranados éstos a su vez en la vasta mecánica de la humanidad.

SANTIAGO ARGÜELLO.

México D. F.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

"El Dominio del Canadá"

Mi hermana Gabriela—nos dijo Luis—era lo que se llama una alhaja, y de lo más fino. Alborotadora, traviesa con inventiva, pizpireta y audaz, tenía eternamente con un Jesús en la boca a todos los de la casa. Mis hermanos y yo la adorábamos por su carácter alegre, por su desplante, por la inagotable verba con que nos entretenía, por la cantidad de historias absurdas que se sabía de memoria. Nos sugería continuamente lo que deseaba, y éramos todos sus cómplices en cuanta diablura de chiquilla le

venía a las mientes. En aquel entonces tenía mi hermana (que era la mayor de la familia) diez años y una imaginación tan despierta como de veinte. Empezaba a aprender, con éxito muy mediano, la Geografía, y se sabía de memoria los nombres de todas las naciones de América, sin darse cuenta muy exacta de lo que significaban ni de lo que designaban. En aquellos tiempos se lo aprendía uno todo de corrido, y llegaba al último año de escuela, habiendo hecho prodigios de memoria y sin un solo conocimiento serio.

Un día mi hermana encontró en su lección de Geografía esta denominación: «El Dominio del Canadá». No entendió, naturalmente, lo que significaba *dominio*; lo de *Canadá* la dejó un poquillo pensativa; la designación completa, *Dominio del Canadá*, le sonó de una manera peregrina en el oído, y llevada por la más divertida asociación de ideas, dió en que el «Dominio del Canadá» debía de ser un personaje terrible, un viejo monstruoso, especie de ogro famélico que se comía a los niños. Y como su natural regocijado la lleva-

ba sin cesar a la broma, en cuanto hubo imaginado esta atrocidad, nos reunió en concilio a sus cinco hermanos y a todos los chiquillos del barrio que frecuentaban nuestra casa, y con una solemnidad cómico-seria, y en un lenguaje de lo más hiperbólico que ustedes quieran oír, nos dijo que el *Dominio del Canadá*, un viejo espantoso, acababa de llegar al pueblo y aquella noche mismísima iría a nuestra casa a hacernos una visita. Todo el cotarro de mocosos nos echamos a temblar y, llenos de curiosidad, abrumamos a preguntas a la farsante Gabriela.

—¿Cómo es el Dominio?

—¿Nos comerá crudos?

—¿Viene solo o acompañado?

Gabriela respondía a cuantas preguntas le hacíamos, con una fertilidad de palabra y de imaginación dignas de mejor suerte: el Dominio era un hombre gigantesco, vestido de negro, muy moreno, con una barba alborotada que le llegaba al pecho. Era tan terrible, que al verlo los niños caían muertos de alferecía. Cuando llegara, deberíamos saludarle diciéndole: «¡Buenas noches, señor don Dominio!» Esto sin alzar los ojos, y en seguida, a callar y a dejar que él hablara e hiciera lo que quisiera, inclusive apoderarse de alguno de nosotros para su cena de aquella noche. Se alojaría el Dominio en un cuarto oscuro donde se guardaban los trebejos de la casa, y nosotros esperaríamos su visita en el corredor inmediato, al cual daba una de las puertas de ese cuarto.

Si he de decir verdad, nuestro natural temor iba mezclado con una buena dosis de curiosidad: pues qué, ¿era moco de pavo eso de tener la oportunidad de ver a *don Dominio del Canadá*, caballero tan principal, sin duda? Y luego que pudiera ser que al fin y al cabo no nos comiese a ninguno de nosotros, y hasta acontecer que, en realidad, el tal don Dominio fuese la propia Gabriela en persona.

A pesar de esas dudas y de esos precoces escepticismos, sea dicho con franqueza, las emociones que al caer la tarde nos embargaban no eran para contadas.

A eso de las seis media, una docena de muchachos, cuando menos, instalados frente a la puerta del cuarto oscuro, por donde debía salir el Dominio del Canadá, esperábamos la visita, sentados en un gran canapé de madera pintado de verde, hablando en voz muy baja, entrecortada por tal o cual nerviosa risita a la sordina, semiburlesca, semirrecelosa. De cuando en cuando, Gabriela, que mantenía cerrada la puerta de la pieza en que se había confinado con una criada, única confidente de sus manejos, nos gritaba entreabriendo apenas las maderas: ¡«Ya va a llegar el Dominio!» Y nosotros, con un estremecimiento de curiosidad, nos apretábamos unos contra otros y esperábamos...

Como a las siete de la tarde, y cuando ya nuestra impaciencia empezaba a agotarse y la tensión nerviosa era insuportable, la puerta se abrió y apareció en el umbral un figurón entrapajado, cubierta la cara con una máscara de barro, de lo más gesticulante y horroroso que verse pueda, y lanzando un aullido, al cual respondimos todos con un ¡ah!, mezcla de espanto y de desahogo, púsose a recorrer con pasos solemnes el espacio libre que nos separaba de la puerta...

Después de algunos minutos de zozobra, durante los cuales el increíble personaje no había devorado a nadie, limitándose a pasear rugiendo de un modo espantoso frente al público infantil, mi hermano Daniel—¡alma heroica!—se atrevió a preguntar, eso sí, con voz débil y medrosilla:

—¿Es usted don Dominio?

—¡No!—gritó la aparición, que dió un paso hacia él—; yo soy apenas el último de sus criados...—y desapareció por el negro hueco de la puerta, que se cerró tras ella.

—¡El último de los criados del Dominio—exclamó Daniel—, y ya ven ustedes qué horrible es!

—¿Pues cómo será el Dominio!—sugirió Lola, una chiquilla de la vecindad, que daba diente con diente.

—¿Cómo será el Dominio?—repetimos todos, agitando en el canapé.

Tras otro cuarto de hora de espera, la puerta se abrió de nuevo y el personaje de marras, vestido aún más estrafalariamente, y medio envuelto en un cobertor rojo, al cual, ligándolo con unos bramantes, había arreglado unos cuernos, salió aullando más desaforadamente que la primera vez.

Pasados los primeros momentos de estupor, Daniel volvió a interrogarlo:

—¿Es usted el señor don Dominio?

—¡Nooooooooo!—bramó el fantasma!—; soy apenas el segundo de sus criados.

Dicho lo cual, desapareció y *quedó apestando a azufre*.

—¡El segundo de los criados del Dominio!!!—tornó a exclamar Lolita—. Pues ¿cómo será el Dominio en persona!!!...

—¿Cómo será el Dominio en persona!—íbamos repitiendo todos.

Algunos minutos después, la puerta volvió a abrirse, y el fantasmón, provisto de una larga cola, de un bonete de papel puntiagudo, y llevando sobre el pecho una zalea crespada y oscura, surgió de nuevo de la sombra, berreando hasta desgañitarse.

—¿Es usted el Dominio?—preguntó una vez más Daniel, apeando al personaje el tratamiento de Don (lo cual prueba que con todo se familiariza uno, hasta con el Dominio del Canadá), y éste respondió:

—¡Noooooooooooooooooo! Soy apenas el primero de sus criados.

Apareció aún, todavía más terrible, el primo del monstruo, luego el tío, luego el hermano, luego el padre... El Dominio no llegó a aparecer. Debía ser tan tremendo, que ningún disfraz satisfizo probablemente a Gabriela, la cual, artista inconsciente, tuvo miedo de desilusionarnos si encontrábamos al Dominio inferior a nuestro espanto, y acertó con sus gradaciones ingeniosas a dejarnos suspenso el ánimo, llenos aún de la ansiedad de lo inesperado, con un mundo de conjeturas en la cabeza, conservando al personaje todo el enigmático prestigio que ella había sabido darle, y preguntándonos todavía una semana después, durante la cual en vano pedimos a la muchacha la repetición de la visita:

—Si así eran sus criados y parientes, ¿cómo sería el Dominio del Canadá?

II

—¡Ah! mucho ha llovido y granizado desde entonces—añadió Luis—. Mi hermanita Gabriela murió poco después de una fiebre infecciosa, y ¿qué quieren ustedes? el torbellino de mi vida me ha hecho olvidarla. Sin embargo, basta que oiga o lea en cualquier parte esta designación geográfica: «El Dominio del Canadá», para que mi vieja memoria me muestre con claridad deslumbradora la puerta misteriosa, el personaje terrible, el canapé verde en que doce criaturas se agrupaban asustadas, y la voz medrosa de Lolita, exclamando:—Si así son sus criados, ¿cómo será el Dominio del Canadá?

AMADO NERVO

México.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica